

Megan Maxwell

**Vaya vaya,
cómo has crecido**



Raquel es una joven periodista a la que le encargan entrevistar al guapísimo actor de moda Manuel Beltrán.

En su infancia fueron vecinos y asistieron al mismo colegio. Han pasado muchos años, por lo que Raquel se sorprende cuando se da cuenta de que él sabe perfectamente quién es.

Aunque Manuel la invita a cenar tras la entrevista, ella se niega y se marcha. Sin embargo, Manuel no se da por vencido y, gracias a su madre, acaba dando con ella.

A partir de ese instante, Raquel y Manuel se encontrarán en más de un lugar, y lo que comenzó como una entrevista se convertirá en un tremendo asedio al corazón.

Capítulo 1

Estoy en la puerta de la casa del guapísimo actor de moda Manuel Beltrán.

Es un hombre alto, impresionante, con una sonrisa perfecta y un *sex-appeal* que vuelve loco a hombres y mujeres, y no solo en el cine español.

Trabajo como periodista *freelance* y, tras concertar la cita días atrás, llamo a la puerta y una mujer la abre.

–Buenas tardes –saludo educada–. Mi nombre es Raquel Rodríguez y tengo cita con el señor Manuel Beltrán para una entrevista.

La mujer, que seguro que es su representante, me escanea de arriba abajo.

Vale. Mi pelo no es el más peinado, no estoy maquillada y voy en vaqueros. Pero, joder, vengo de cubrir una interminable guardia de veinticuatro horas delante del domicilio de otro famosete.

Seguro que la *bien peiná* me va a decir algo, y no precisamente bonito. Me atuso el pelo dispuesta a escucharla, cuando la puerta blanca del fondo se abre y aparece Manuel.

¡Dios..., es él!

Durante unos segundos nos miramos. Madre mía, qué intensidad..., hasta que dice:

–Concha, si no te importa, ya me ocupo yo de la señorita.

–¡Es periodista!

Al oírlo decir eso, la miro. Ha dicho «periodista» como quien dice «peste», y al ser consciente de que me he dado cuenta de ello, la *bien peiná* suaviza su tono de voz e indica:

–Tranquila, querida, no tengo nada en contra de ti. Solo velo por los intereses de mi representado.

Sonrío por no mandarla a freír espárragos, cuando Manuel se acerca a nosotras y aclara:

–Concha, Raquel no es solo una periodista, es una amiga.

¡Toma yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡¿De verdad se acuerda de mí?!

Manuel y yo éramos vecinos en el barrio de Lavapiés. Íbamos al mismo cole, pero no a la misma clase, y además coincidíamos en kárate, deporte en el que recuerdo que el coleguita era el rey. Daba unos *mawashi geri* con un estilazo y una virilidad que solo con recordarlo ya me echo a temblar.

Lo miro feliz porque me recuerde, cuando a la tal Concha le suena el móvil y señala:

–Tenéis quince minutos. Tras esta entrevista tienes otras tres más, Manuel.

Dicho esto, se va y yo me quedo más cortada que un pimiento mientras él me escanea de arriba abajo, hasta que dice:

–Mi madre me llamó para decirme que venías hoy. Al parecer, se lo comentaste a la tuya y ella se lo comentó a la mía.

Sonrío. Nuestras madres siguen siendo vecinas.

–Vaya vaya con Raquel... –murmura entonces–, cómo has crecido.

Uf..., uf... ¿Cómo debo tomarme eso? ¿Bien?, ¿mal?

Fea no soy, lo sé. Y aunque tampoco soy una mujerona despampanante ni tengo un cuerpazo diez, me manejo muy bien en esto del ligoteo.

Manuel fue el primer muchacho que me besó, mi primer amor y mi primera decepción. Desde entonces ha llovido mucho y he besado mucho, pero el primer amor, como se suele decir, no se olvida.

Sin querer parecer más tonta de lo que me siento, sonrío. Como buen divo, está acostumbrado a que todas le hagan la ola, pero yo no quiero formar parte de ese «todas». Somos adultos y, aunque mi vida no es tan de color de rosa como la suya ni tengo la tontería que tienen las mujeres que salen de su brazo en las fotos de las revistas, lo miro y murmuro con cierta chulería:

–Vaya vaya con Manu..., cómo has crecido tú también.

Capítulo 2

Me dejo guiar. Al fin y al cabo, es su casa, y cuando abre una puerta corredera de cristal, que tiene que costar lo que gano yo en diez meses, murmuro al ver ese impresionante salón que nada tiene que ver con la casa de sesenta metros cuadrados donde ambos crecimos, o la de cincuenta y cinco en la que vivo yo.

–Guauuuu..., qué pasote.

Manuel sonrío y yo me regaño a mí misma. Pero, vamos a ver, ¿por qué no me he contenido?

Sin detenernos, vamos hacia un precioso sofá *beige* claro y no sé si sentarme o no. Horas antes estaba sentada en el suelo de un jardín, junto a varios compañeros, en busca de la noticia y la foto de una famoseta con su nuevo novio y debo de tener el pantalón algo sucio. Sin hablar, dejo el bolso sobre la mesita de cristal, y, con disimulo, me lo sacudo por atrás.

Manu me observa de pie a mi lado mientras yo sigo a lo mío, hasta que oigo:

–Siéntate ya, mujer.

Con una sonrisa, lo hago.

Él se acomoda a mi lado y su olor fresco vuelve a inundarme la nariz.

Ignorando ese tonto detalle, cojo mi carpeta y la abro. Saco de mi bolsote unas gafas, me las pongo, después enciendo la grabadora y, una vez me cercioro de que está grabando, la dejo sobre la impoluta mesita y digo en un tono lo más profesional que puedo:

–¿Comenzamos?

–Cuando quieras.

Ojeo mis anotaciones. Dios, ¡estoy nerviosa como una principianta! Y, sin mirarlo, pregunto:

–Tu última película, *Un verano en Tokio*, en la que compartes cartel con los *sex symbols* de Hollywood Channing Tatum y Sam Worthington, ¿qué ha supuesto para ti?

Manu sonrío. Por el amor de Dios, qué sonrisa tiene, y a escasos centímetros de mi persona pregunta:

–¿Siempre has llevado gafas?

Niego con la cabeza. No..., no..., ¡eso no es profesional! Pero respondo mirándolo:

–Las uso desde hace un par de años. Vamos, respóndeme.

El muy sinvergüenza, consciente de mi desconcierto, contesta a mi pregunta y, una vez acaba, clava su mirada en mí y afirma:

–Te quedan muy bien.

Sonrío. No lo puedo remediar. Soy así de simple.

Pero, vamos a ver, ¿a quién no le gustaría que uno de los *sex symbols* del momento le dijera algo bonito?

Una vez consigo encauzar la entrevista, Manu se centra en responder a mis preguntas y todo fluye entre ambos. Se nota que estamos a gusto en nuestros papeles. De pronto la puerta se abre y su representante entra, nos mira y dice:

–Lo siento, chicos, pero debéis acabar. Ha llegado el siguiente periodista.

¿Ya han pasado quince minutos?

Sorprendida, miro el reloj. Realmente han pasado veinte, cuando de pronto una chica guapa, pero guapa... guapa, entra en el salón y, tras echarme una mirada de «cuidadito, lagarta, que es mío», se acerca mimosa a Manuel y dice en inglés:

–Amor, he acabado pilates y me voy a la peluquería. Luego nos vemos.

A continuación, lo besa en la boca marcando su terreno ante mí y después se va.

Apago la grabadora. No sé por qué, pero lo ocurrido me ha incomodado, y cuando estoy metiéndola en mi bolsaco, siento la mano de él sobre mi rodilla y, cuando lo miro, dice:

–¿Qué tal si me das tu teléfono? Te llamo y te invito a cenar.

Sonrío. Niego con la cabeza. ¡Ni loca!

–Cenamos y nos ponemos al día –añade.

¿Al día? ¿Ponernos al día? Madre mía, este tiene más peligro que un cirujano con hipo, y cuando voy a decir algo insiste:

–Vamos, Raquel, por los viejos tiempos.

Capítulo 3

Tras una entrevista que creo que ha salido chula, aunque para chula ya estoy yo, me despido a toda prisa sin darle mi teléfono y me escapo como alma que lleva el diablo.

Por suerte, entre el periodista que esperaba su turno y la *bien peiná* de su agente, lo frenan y no puede salir detrás de mí.

Me encamino decidida hacia la redacción. Tengo que trabajar. Voy pillada de tiempo y, nada más verme, mi amiga Loli, que es jefa de redacción, me cede una salita y me pongo a escribir la entrevista. La voz de Manuel sale de mi grabadora e, inconscientemente, el vello de mi cuerpo se me pone de punta.

Qué voz. ¡Qué voz tiene el puñetero!

Una vez termino el trabajo, se lo paso a Loli, ¡mi gran Loli! Esa amiga que conoces en la universidad, que estudiaba lo mismo que tú y que nunca se olvida de ti. ¡Esa es mi Loli!

Con una sonrisa, lo lee y, una vez acaba, me mira y pregunta:

–¿Es tan impresionante al natural como en pantalla?

Sonrío. Y, quitándole hierro al asunto, pues no he dicho que era mi vecino, respondo:

–Es agradable, y no te voy a negar que es un guaperas.

Loli vuelve a sonreír y, alejándose de mí con la entrevista en la mano, dice:

–Pásate por la tercera planta. Hay alguien que quiere proponerte algo.

Rápidamente recojo mi maxibolso y me encamino a la tercera. Allí, me encuentro con Pedro, un fotógrafo que me pide cubrir con él un evento esa noche. Acepto sin dudar, el trabajo es el trabajo, y quedo con él en la entrada del metro de Callao a las siete. El evento comienza a las nueve en una discoteca cercana y queremos pillar buen sitio para hacer nuestro trabajo.

Una vez salgo de la redacción, me voy a casa. Quiero ducharme y cambiarme de ropa.

* * *

Al entrar en mi pequeño apartamento, quien sale a recibirme es mi perro *Flash*, un cruce de callejero con callejero de color blanco que, como siempre, me hace uno de sus exagerados recibimientos. ¡Cuánto me quiere mi pequeño!

Una vez consigo que se relaje, decido darme un bañito en vez de ducharme. Tengo tiempo. Pero antes he de sacar a *Flash* a la calle. El pobre tiene que hacer sus necesidades.

Cuando regreso, rápidamente pongo la bañera a llenar mientras me quito la ropa y dejo el móvil sobre la cama. Entro en el lavabo, echo sales en la bañera y sonrío al ver que ya está casi llena.

Enciendo la radio y de inmediato las voces de Meghan Trainor y Charlie Puth suenan cantando *Marvin Gaye...*, ¡qué linda canción!

Con la bañera llena, cierro el grifo y me meto en ella.

—¡Oh, Dios..., oh, Dios, qué placerrrrrrrrrrrrrrrr!

Apoyo la cabeza en el borde y comienzo a tararear la canción, cuando de pronto, sin esperarlo, Manu aparece en mi mente. Sonrío, mientras con una deliciosa pereza mis manos húmedas tocan mi vientre y lenta, muy lentamente, mis piernas se separan y mis manos bajan hacia mi sexo.

–¡Hummm!

Con los labios entreabiertos, dejo escapar un pequeño gemido cuando mi dedo corazón toca mi mojado clítoris y, con movimientos lentos y circulares, empiezo a darme placer mientras siento cómo mis caderas serpentean y mi imaginación vuela libre como el viento.

Pensar en Manuel me calienta, me calienta hasta el alma, mientras recuerdo sus ojos, su voz, su peligrosa sonrisa, y continúo con mi particular fantasía imaginando que es su mano la que toca mi increíble botón del placer.

–Sí, Manu..., sigue... –murmuro–, lo haces muy bien..., no pares.

Reconozco que a partir de ese instante me olvido del mundo. Me centro en mi propósito y disfruto.

No sé cuánto tiempo dura mi morboso juego. Solo sé que, cuando me estremezco y llego al clímax, el momento es como poco colosal y el agua está helada... Pero ¿cuánto rato he estado fantaseando?

Congelada, me levanto y, con una sonrisa de oreja a oreja, me doy una ducha.

¡Viva la imaginación!

Una vez salgo de la bañera, me pongo el albornoz y murmuro divertida mirándome en el espejo:

–Estás muy... muy loca.

En ese instante oigo sonar mi móvil, que está sobre mi cama. Su sonido me hace saber que he recibido un mensaje. Descalza, camino hacia allí y, al cogerlo y abrir el mensaje, la mandíbula se me cae al suelo cuando leo:

Eres una buena escapista, pero ya te tengo.

De inmediato, sé quién lo envía.

Pero ¿cómo me ha localizado? Y, antes de que pueda pensar, recibo otro que dice:

Por cierto, tu madre sigue tan encantadora como siempre.

Sin dar crédito, cierro la boca.

¿Ese sinvergüenza ha llamado a mi madre para conseguir mi teléfono?

Capítulo 4

Cuando llego al metro de Callao, Pedro, el fotógrafo, ya me está esperando.

Entre risas, vamos al Starbucks y, después, con algo fresquito en las manos, tomamos posiciones en el sitio reservado para la prensa en el lateral de la sala de fiestas donde se realizará el evento. Minutos después, compañeros de otros medios comienzan a situarse junto a nosotros y al final, como siempre, parecemos sardinas en lata.

El tiempo pasa y la gente que camina por la calle comienza a agolparse detrás de nosotros atraídos por los focos y la música. Y, aunque los seguratas del evento intentan contenerlos para que no interfieran en nuestro trabajo, es imposible.

¡Empiezan los empujones!

Llegan los primeros famosos y Pedro dice mirándome:
–Preciosa..., comienza el baile.

Yo sonrío. A Pedro lo conozco poco, pero es un amor de chico, y mientras él hace fotos, yo, con mi grabadora, pregunto a los invitados y algunos contestan. Hay de todo: famosos encantadores y otros petardos que se creen descendientes del Cid Campeador.

Entrevistando estoy a uno cuando de pronto un chillido general me hace saber que alguien importante ha llegado y, cuando miro, veo a Manuel con un impresionante esmoquin negro, junto a la guapita que estaba en su casa. La gente se vuelve loca, ¡lo adoran! Yo decido darme la

vuelta y desaparecer hasta que pase. No quiero ni verlo ni entrevistarlo.

Intento moverme, pero la gente enloquecida comienza a empujar y me veo aprisionada contra la valla. ¡Joder, me la estoy clavando en la espalda!

Mi compañero, al ver mi gesto dolorido, comienza a empujar olvidándose de su trabajo. Quiere ayudarme. Quiere quitarme a la gente de encima, cuando de pronto siento que alguien me coge por las axilas, me levanta y me deja en el suelo. Uf..., puedo respirar.

Los seguratas del evento contienen la avalancha y yo, mirando a Pedro, le hago saber que estoy bien, que no se preocupe, pero al darme la vuelta mis ojos y los de Manuel chocan y este dice con gesto serio:

—¿Estás loca? ¿Cómo te metes ahí?

Boqueando como un pececillo, lo miro, mientras la seguridad pone orden entre la gente que grita a nuestro alrededor.

¿Él me ha sacado de ahí? No sé qué decirle.

Solo quiero respirar, cuando mi compañero, desde el otro lado de la valla, ya menos congestionada, me coge del brazo y pregunta preocupado:

—¿Estás bien, preciosa?

Como puedo, asiento todavía con el susto en el cuerpo, cuando oigo a Manuel decir de malos modos:

—Sí, la preciosa está bien. ¿Cómo permites que le ocurra algo así? ¿Quién coño eres tú?

Pero buenooooooooooooooooo...

Pero buenooooooooooooooooo...

Pedro me mira. Yo lo miro. Y, recuperando mis fuerzas y con toda mi mala leche, me zafo de la mano de Manuel y, mientras me subo a la valla con agilidad para pasar de nuevo al otro lado, pregunto en plan malota:

—¿Y quién narices eres tú para hablarle así a Pedro?

La gente nos mira. Los compañeros de prensa flipan. Los seguratas no dan crédito. Pedro alucina. Manu pesta-

ña. Su acompañante sonrío por no llorar y yo, ya desde el otro lado de la valla, antes de que ese listillo diga algo más, siseo:

–Mira, guapito, muchas gracias por tu ayuda, pero tengo que decirte que no todos nos ganamos la vida por tener una bonita cara. Otros trabajamos desde este lado de la valla y ahora, si no te importa, llega Mario Casas y lo quiero entrevistar. Tú no me interesas.

Todos vuelven a flipar. Madre mía, el *alien* que sale de mí cuando me enfado... Manu no dice más. Simplemente vuelve a instalar su sonrisa en los labios, coge a la guapita del brazo y, obviándome, lo oigo que dice con toda su mala leche:

–Entremos en la fiesta, cielo. Al parecer, según esta periodista, ya he hecho mi buena obra del día.

Dios... ¡Diossssssssss!

¡A que le tiro la grabadora a la cabeza!

Me contengo. No quiero salir en la prensa por haber agredido al guapito de moda. Todos me miran, incluido Pedro. Imagino que pasarán mil cosas por sus cabezas y, cuando veo que mi compi va a decir algo, siseo:

–Mejor no preguntes. Te lo agradeceré.

Pedro asiente y, cuando Mario Casas pasa por mi lado, me lanzo a entrevistarlo. Estoy aquí para trabajar, no para hacer amigos.